

Homilía de XXIV Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“El que quiera venirse conmigo..., que cargue con su cruz y me siga”

Introducción

A la hora de preparar nuestra reflexión sobre las riquísimas aportaciones de la Palabra de Dios en este domingo, necesariamente tenemos que mirar a nuestro alrededor y descubrir el enorme sufrimiento de una gran población mundial que si antes situábamos en “el sur” hoy llega ya a las puertas de las casas del “norte”, a las puertas de nuestras casas. De una parecida situación histórica de sufrimiento partieron las comunidades que redactaron, en diferentes épocas históricas, los textos que leemos en este domingo. Textos que invitan no solo a no evadirnos de la realidad sino a comprometernos en su transformación.

“El Señor me abrió el oído y no me eché atrás...” “La fe si no tiene obras por si sola está muerta...” “El que pierda su vida por mi y por el Evangelio la salvará”.... Son testimonios de personas y comunidades “proféticas” de distintas épocas que no dieron su espalda a los problemas de su entorno sino que desde una “no-violencia-activa” se propusieron hacer su aportación para que su pueblo y todo el mundo tuviera acceso a los derechos humanos: pan, salud, vivienda, educación, trabajo... Son testimonios que, amplificados por el de nuestro Maestro –Jesús--, dan sentido a nuestra vida y a la de nuestras comunidades. Entregar nuestra vida a Jesús es entregarla a su proyecto de fraternidad y salvarla dándole un sentido liberador.

Quizá este momento histórico no sea el del miedo, el de la depresión, el de la fuga, sino el tiempo oportuno para desenmascarar a los causantes del sufrimiento de las personas y de todo el planeta y de poner los cimientos de una nueva civilización unidos a todas las personas de buena voluntad.



Fr. Manuel Sordo O.P.

Casa del Stmo. Cristo de la Victoria (Vigo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del profeta Isaías 50, 5-9a

El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se me acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo

Sal. 114, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9 R/. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.

Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. R/. Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor: «Señor, salva mi vida». R/. El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas, me salvó R/. Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol Santiago 2, 14-18

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: «Id en paz; abrigaos y saciaos», pero no les da lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe».

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 8, 27-35

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos le contestaron: «Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» Pedro le contestó: «Tú eres el Mesías». Y les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto. Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho,

ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?».

Pautas para la homilía

El Señor me abrió el oído y no me eché atrás

Los relatos de Isaías del “siervo de Yahvé” son unos preciosos textos que esbozan el perfil del profeta y de las comunidades proféticas de todos los tiempos. Profetas comprometidos en una “no-violencia-activa” para la consecución de un mundo mejor para todos y prioritariamente para los más oprimidos. La tradición cristiana ha atribuido a Jesús este perfil. El mismo Jesús en su bautismo, en su presentación en la Sinagoga de Nazaret, y en textos como el evangelio de hoy hace suyo este perfil del “siervo de Yahvé”. Los teólogos de la liberación han atribuido este perfil con Jesús a los pueblos crucificados del “sur” desde el expolio de las conquistas hasta hoy. Monseñor Oscar Romero decía a los campesinos sobrevivientes de las masacres: “sois la imagen del divino traspasado”. Pues bien, una de las características del “siervo” es la de estar atento a los sufrimientos del pueblo crucificado. Pero también al descubrimiento de sus verdugos. Y por supuesto a un compromiso de cambio de esa realidad. Hay teólogos –como Julio Lois- que han descubierto en esos tres rasgos –conocer la realidad, cargar con la realidad y cambiar la realidad- la auténtica espiritualidad cristiana. Dios Padre y Madre llamó a Jesús y nos llama a nosotros desde la realidad de los empobrecidos y el sentido de nuestra vida se juega en el no echarnos atrás sino en comprometernos con todas nuestras fuerzas en “bajar de la cruz a los crucificados”. Podríamos decir que en eso consiste nuestra “salvación”.

La fe, si no tiene obras, por sí sola está muerta

Tanto la carta de Santiago como el Evangelio de hoy nos ponen en guardia contra tentaciones de la espiritualidad de todos los tiempos: el intimismo, la adhesión intelectual a unos dogmas, la privatización de la fe, la rutina o costumbre, la búsqueda del poder o el dinero, la defensa a ultranza de situaciones de cristiandad... Y no. La fe es el encuentro personal con Jesús, compartido con otros creyentes en comunidad, que nos lleva a vivir en relación filial con el Dios del Reino y con los hermanos; y que nos hace apasionados luchadores por un mundo más justo, en igualdad de condiciones con otros grupos religiosos y sociales. Cito a continuación algunas propuestas de un teólogo amigo y compañero en la pastoral –Julio Lois- con respecto al compromiso temporal de los cristianos, tema reiterativo en sus conversaciones y artículos:

1. “La fe cristiana puede y debe activar el recuerdo del Crucificado y con él el de todas las víctimas de la injusticia ejerciendo una función crítica en una sociedad vinculada a los intereses de los más fuertes o de los vencedores, rehén de la economía y del desarrollo incontrolado de la ciencia y de la técnica”
2. “El cristianismo tiene que recordar a esta humanidad, que parece deslumbrada por un crecimiento cuantitativo indefinido, el deterioro o expolio ecológico que se está produciendo”.
3. “La fe cristiana puede ofrecer hoy un horizonte insospechado e ineludible de esperanza que, sin dejar de remitir a un destino final de plenitud prometido, demande en el aquí y ahora una praxis de transformación social”.

Pero las parroquias y comunidades cristianas, toda la Iglesia, si queremos que de verdad cunda nuestro compromiso en el mundo de hoy tenemos que vivir esos compromisos dentro de la misma comunidad y dentro de la misma Iglesia. Es evidente que hay derechos humanos que no se cumplen. Pongamos el ejemplo de la igualdad de la mujer, o la libertad de investigación de los teólogos, o la participación de los laicos en las comunidades. “Una iglesia que no sirve, no sirve para nada” titula Monseñor Gaillot un libro publicado hace años. Una iglesia que no es comunidad de comunidades, compromiso de fraternidad hacia dentro y hacia afuera no sirve para nada.

El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga

Me vienen a la memoria unas palabras del mártir Ignacio Ellacuría: “Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del Siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida”. Jesús no cogió la cruz como holocausto para aplacar a un Dios justiciero. Jesús fue cargado con la cruz. Y fue cargado con la cruz como consecuencia de su compromiso con los pobres. Jesús fue cargado con la cruz por desenmascarar el “pecado del mundo” patente en los poderes religiosos, económicos y políticos de su tiempo. Jesús no escapó de la detención, de la tortura y de la muerte porque sabía que “si el grano de trigo no cae en la tierra y muere no da mucho fruto”(Jn 12, 24-26). Confiaba en que el Reino del Padre y Madre Dios a través de su compromiso iba a ir adelante y que el destino del crucificado era ser resucitado.

La palabra “cargar con la cruz” es muy frecuente en la espiritualidad cristiana. No tenemos mas que ver los espectáculos de las costumbres de la Semana Santa española. O las invitaciones que en virtud de esa frase se hacen al aguante y a la paciencia. Es la religión como droga. No fue esa la espiritualidad de Jesús, ni la de los primeros cristianos, ni la de las comunidades de base de América Latina, África o España. Su espiritualidad es la de “cargar con la realidad” resistiendo a través de una “no-violencia-activa” e ir construyendo pequeñas parcelas de utopía: “solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios” (Sinodo de Puebla) . Esa es también nuestra espiritualidad, la espiritualidad que se desprende de las preciosas lecturas de este domingo.



Fr. Manuel Sordo O.P.
Casa del Stmo. Cristo de la Victoria (Vigo)

Evangelio para niños



Profesión de fe de Pedro

Marcos 8, 27-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: - ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos le contestaron: - Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas. El les preguntó: - Y vosotros, ¿quién decís que soy? Pedro le contestó: - Tú eres el Mesías. El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: - El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: - ¡Quítate de mi vista, Satanás! Tú piensas como los hombres, no como Dios. Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: - El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará

Explicación

En algunas ocasiones, como la del evangelio de hoy, Jesús advierte a sus seguidores, que él no va a ser un rey con poder, con privilegios, ni territorio. Pedro no le hacía caso y quería cambiar los planes a Jesús por lo que se llevó una reprimenda enorme.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo se dirigía Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo, y por el camino hizo esta pregunta a sus discípulos:

JESÚS: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?»

NIÑO 1: Maestro, la gente no se aclara...: unos dicen que eres Juan el Bautista...

NIÑO 2: Y no sólo eso...: otros dicen que eres Elías y para colmo, otros dicen que eres uno de los profetas...

NARRADOR: Él se quedó mirándoles y les pregunta:

JESÚS: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

NARRADOR: Pedro le contesta:

PEDRO: Tú eres el Mesías.

JESÚS: Os prohíbo terminantemente a todos que se lo digáis a la gente. No se lo tenéis que decir a nadie.

NARRADOR: Y empezó a enseñarles, diciéndoles:

JESÚS: El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

NARRADOR: Todo se lo explicaba con suma claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

PEDRO: Maestro, ¿pero de qué nos estás hablando?... ¿se te ha ido la cabeza? ¿a qué muerte te refieres?

NARRADOR: Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro y le dijo:

JESÚS: ¡Quítate de mi vista Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!

NARRADOR: Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dice:

JESÚS: El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.

NIÑO 1: Maestro y ¿qué significa negarse a sí mismo y cargar con tu cruz?

JESÚS: Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández